

NÚM. V.

DE LA MITOLOGÍA GRIEGA (1).

Generalmente los pueblos antiguos habían establecido el edificio social sobre la base de la religión, y el Estado y los individuos consideraban los homenajes á los dioses como su principal negocio: en Grecia no había acto de la vida pública ó privada que no se consumase bajo los auspicios religiosos; los poetas é historiadores hablaban siempre de los dioses. Alguna cosa venerable, augusta, conmovedora, existía en el fondo de tal religión, bajo apariencias tal vez demasiado sensuales. Las creencias religiosas y las narraciones fabulosas en que están envueltas, se reproducen por todas partes á los ojos de los ciudadanos, acompañadas de divertidas alegorías; y todavía se encuentran hoy representadas bajo mil formas en casi todas las obras del arte.

El conocimiento de esta religión es por consiguiente el elemento más necesario, no solo para la pintura de las costumbres antiguas y la explicación de mil pasajes de los clásicos, sino más particularmente para entender los monumentos antiguos de todo género; sin este estudio indispensable, ninguna indagación arqueológica conduciría á una sólida instrucción. La arqueología podría definirse el conocimiento de la religión con relación á las artes.

Por esto los sabios que se dedicaron al estudio de los monumentos antiguos, se aplicaron generalmente á indagar y aclarar las creencias religiosas, y se reunieron muchos materiales creándose muchos sistemas; pero su misma contradicción aumentó las dudas, tanto que algunos dedujeron que los Griegos jamás tuvieron principios religiosos fijos, sino cada país sus creencias particulares ó más bien fábulas, y que la mitología era un caos del cual cada uno podía dar explicaciones á su gusto, é imposible de reducir á un solo cuerpo.

Opinión cómoda, que dispensa de indagar la interpretación de tantas obras maestras de que nos hallamos rodeados; pero falsa, como la

(1) Es un extracto de la introducción al Júpiter de Emerica David.

que tratase de hacernos considerar como un pueblo de ignorantes, de niños ó de ateos á la hermosa nación griega, que fué no solamente una de las más ingeniosas, sino de las más religiosas que honraron la especie humana.

Es verdad que muchas causas contribuyeron á ocultar á los modernos los dogmas de la religión griega. La primera procede de las mismas fábulas, tan numerosas, diversas y contradictorias en la apariencia que bastan para quitar la esperanza de concordarlas. Después los misterios, cuyo secreto era tan guardado ó tan imperfectamente revelado, que solo se podía penetrar en sus abismos tímidamente. Se añaden los sistemas filosóficos, porque por el deseo de presentar teorías sobre las relaciones del hombre con Dios y con sus semejantes, muchos sabios confundieron las doctrinas particulares, variables y émulas de la escuela eleática, de los platónicos, de los neo-platónicos, de los neo-estóicos y de los orfícos, con los dogmas inmutables de la religión nacional.

Estas dificultades no son sin embargo insuperables. Si las fábulas presentan contradicciones, también tienen su concordancia; tal vez se podrían explicar remontándose á su origen, comparándolas entre sí, estudiando sus diferencias, indagando sobre todo, si hay muchas á que puedan convenir las mismas explicaciones, porque reuniendo algunos principios genéricos, se llegaría seguramente á aplicaciones numerosas.

Las fábulas explicadas podrían conducir al conocimiento de los misterios, que son la parte íntima, así como aquellas la externa.

Creemos que los sistemas particulares de los filósofos deben rechazarse por todo el que desee formar una opinión exacta de la religión; pero acogeremos los testimonios de Platon, Séneca, Plutarco, y de los Santos Padres respecto de las creencias de Grecia, con tanta mayor confianza cuanto que afirmaron hechos contrarios á sus opiniones personales.

¿Es posible que entre tantos textos antiguos relativos á la religión griega no se encuentren

algunos bastante claros, y que entre tantos monumentos del arte no se encuentren algunos bastante inteligibles para llevarnos á una instrucción positiva? La mitología es un enigma grande y curioso; pero su solución era conocida de los antiguos, y no conviene desesperar de encontrarla.

¿Cuál es en suma esta religión? ¿cuáles sus dogmas? ¿cuál el espíritu de sus fábulas? Y ante todo ¿los Griegos tenían realmente una religión? ¿Creían en un Dios criador y remunerador, en la inmortalidad del alma, en penas y recompensas póstumas? ¿ó consistía su religión solo en fábulas sin conexión entre sí, y más ó menos impías é indecentes? Esto es lo que nos proponemos indagar, y encontraremos la religión oculta bajo el trasparente velo de la mitología, quedando convencidos de su unidad, universalidad, perpetuidad del temor y respeto saludable que imprimía á los pueblos, así como que las fábulas que la cubren, parece á las veces contradictorias y absurdas por falta de explicaciones, y algunas también pudieron ser perjudiciales á las costumbres.

Cuestiones sobre la naturaleza de los dioses, agitadas en los primeros siglos del Cristianismo.

Apénas principió á establecerse la religión cristiana, se suscitó una viva discusión sobre la naturaleza de los dioses egipcios y griegos, entre los prosélitos de la nueva creencia y los defensores de la antigua. Los Cristianos decían á las idolátras: *Los dioses que adoráis, no son más que los astros y elementos.* Censura fundada, porque los númenes griegos eran el sol, la luna, el fuego etéreo ó elemental, el aire, la tierra, el agua, seres que suponían animados, y por consiguiente dotados de inteligencia y de razón. Espero poner en evidencia este hecho.

Era sencilla la cuestión expuesta de este modo: la dificultad estaba en saber si la materia era capaz de pensar. Pero la cuestión se complicó por efecto de algunas opiniones filosóficas, ya nacidas antes del Cristianismo, ya por causa de este á fin de oponerse á sus progresos.

Se pretende que Pitágoras pensó que existían seres llamados genios ó demonios, de sustancia más pura que el alma de los dioses, y más perfecta que la de los hombres, destinados á ser conductores de los astros, directores de los elementos y mediadores entre el hombre y el Cielo. Es posible que Pitágoras, como discípulo de Zoroastro, hubiese adoptado esta opinión de su maestro, y que por genios ó demonios entendiese como tales solamente aquellas almas humanas que, separadas de sus cuerpos, esperaban otros nuevos á los cuales debían unirse, cuyo pensamiento es conforme á su creencia en la metempsicosis.

De estos modos, la opinión de la existencia

de tales seres mixtos se introdujo en Grecia poco después de él. Sócrates se persuadió que uno de estos genios habitaba en él, le aconsejaba y velaba por su felicidad interna, y bebió la cicuta por haber sido acusado de predicar dioses nuevos y extranjeros. Platon también admitió los mismos genios directores y mediadores, y tal creencia perpetuada en su escuela llegó á ser uno de los dogmas principales de los platónicos de todas sectas.

Por otra parte Ezequiel, que vivía en los tiempos de Tolomeo Soter, espíritu independiente y ávido de celebridad, compuso una especie de novela, en la cual pretendía haber descubierto en una isla de Pancea antiguas inscripciones, que probaban que todos los dioses eran hombres divinizados. Semejante aserción, no fundada en ningún dato auténtico, indignó á todos los politeístas aficionados á su religión, y se clamó contra el ateo.

Por esto la cuestión sobre la naturaleza de los dioses se encontró dividida en tres ramas; pues si los dioses eran genios, podían ser ó extraños al culto hebreo, ó ángeles, cuyo conocimiento hubiese sido llevado de Judea á Egipto y de aquí á Grecia; podían ser en suma ángeles buenos ó demonios.

Los filósofos complicaron esta cuestión con sus sutilezas, y los neo-platónicos, más espiritualistas que su maestro, opusieron al Dios puro espíritu y á los ángeles de los Cristianos una numerosa jerarquía de inteligencias puras, y de genios de la naturaleza de los ángeles. De este modo se elevaron unos sobre otros á dos y hasta á tres dioses, enteramente incorpóreos, y rodeados de genios de clases diferentes y subordinadas, que eran sus criaturas y ministros. Pero esto no fué bastante. Envolviéndose luego en la oscuridad de su metafísica, los neo-platónicos no quisieron ya ver en los dioses de la Grecia genios directores de los astros y de los elementos, como Platon, sino que los redujeron á cualidades de la inteligencia creadora ó demiúrgica, fuerzas poderosas de este Dios criador, consideradas separadamente y personificadas. Neptuno no fué desde entonces el Dios que presidía á las aguas, sino la fuerza del Dios invisible que obraba sobre el agua, y Vulcano la fuerza de Dios que obra sobre el fuego. Lo peor es que ellos las hallaban conformes al verdadero espíritu de la religión griega, pretendiendo restablecer de este modo en las antiguas creencias la primitiva pureza. Querían así defenderse del Cristianismo que por todas partes los invadía, y si hubiesen conseguido espiritualizar el helenismo del modo que proyectaron, hubieran formado realmente una religión diferente del verdadero platonismo, así como del Cristianismo y del culto nacional.

Los neo-estóicos no reconocían ya en la naturaleza una reunión de seres diferentes entre sí, todos animados, todos dioses, como en la doctrina de su maestro, sino que de ellos formaban uno solo, y en su consecuencia un solo

Dios, el universo y el Dios Todo; y si consideraban separadamente á los dioses que honraba el culto nacional, era solamente como cualidades físicas de su Dios único. En una palabra, eran espinosistas.

Otras neo-pitagóricos enseñaban también la doctrina de un solo Dios, falsamente llamado *Zeus* ó *Júpiter*, alma del mundo, fuente de la vida, á quien no dividían para hacer más dioses, sino que todos los incluían en él. Eran panteístas como los neo-estóicos, con la diferencia de que estos adoraban el mundo en su conjunto material y animado. Por su creencia en los genios se aproximaban á las creencias de los neo-platónicos y por su lenguaje podían ser llamados Cristianos: tan religiosos y magníficos llegaban á ser algunas veces los cantos con que celebraban al Dios único. Ponían en gran peligro al helenismo, atribuyendo sus himnos á un falso Orfeo, hierofante que presentaban como el verdadero cantor de Tracia; por esto se llamaron también órficos y tendían á disimular la naturaleza del helenismo para protegerlo y mantenerlo.

Conviene definir otras palabras de la crítica religiosa. La religión griega en cuanto era culto rendido á las sustancias elementales y á los cuerpos celestes, fué designada por muchos padres con el nombre de *Fisiologismo*, de donde tomó su origen la denominación de *fisiologistas* dada á los que de este modo la interpretaban. Algunos modernos erraron atribuyendo solamente á los neo-platónicos el sobrenombre de *alegoristas*. Sus explicaciones eran más metafísicas y abstractas que las de los demás mitólogos, y puede decirse que eran falsas; pero todas las escuelas amigas ó enemigas de la religión reconocían el uso de la alegoría como un hecho. Esta se había presentado en los primitivos tiempos como indispensable para garantizar los dogmas de las ofensas del tiempo, de los errores de la ignorancia y de los ataques de la incredulidad; además que el genio de los pueblos la había creado naturalmente, y en su consecuencia era indígena del suelo griego así como del egipcio.

Entre tantas discusiones los sacerdotes del politeísmo poco se defendían. Asegurados por el secreto de los misterios, que nadie osaba revelar, dejaban libre campo fuera de los templos á los sistemas filosóficos, sin cuidarse mucho de ello; de modo que la religión solo era explicada públicamente por sus adversarios y defendida por amigos peligrosos.

Estas diez cuestiones en una surgieron en los primeros siglos de la Iglesia sobre la naturaleza de los dioses.

Obligados los Padres á demostrar la falsedad del politeísmo, no estuvieron acordes en el modo de atacar á aquel coloso, que, á pesar del celo agresor de tantas creencias émulas, se mantenía en pié por la constante tradición de sus mitos, perpetuada por los hierofantes, por el prestigio de las fiestas y por la sublimidad de

las producciones poéticas y artísticas. La mayor parte de los idólatras, fisiologistas puros, no cesaban de sostener que el sol, la luna y los elementos eran dioses en realidad, y por eso los Padres, cualquiera que fuese su opinión particular, decían generalmente: «¿Qué es el sol? ¿qué es la luna? ¿qué son los elementos? Materia, pura materia que los hombres y animales pisotean.» Además cada uno argüía según un sistema determinado, los unos como eveemeristas, otros considerando los dioses como genios ó demonios, y la mayor parte mezclando los sistemas. Solo las abstracciones neo-platónicas fueron excluidas de sus opiniones personales, atendiendo á que estas sutilezas se habían inventado para luchar contra la religión cristiana, y por consiguiente los padres las rechazaban como invención arbitraria y reciente.

Cualquiera opinión que adoptasen sobre el particular, después de los argumentos más sólidos ó especiosos, volvían siempre á este punto esencial: «¿Es verdad que los dioses reales son los elementos y los cuerpos celestes?» Las ceremonias, las fábulas, los monumentos, los conducían inevitablemente á esta cuestión. Los politeístas ilustrados, no corrompidos en las escuelas filosóficas, no hacían ya un misterio de este dogma fundamental de su religión, sobre el cual se agitaba la discusión.

Á esta cuestión de hecho, los padres unieron otra, en la que explicaban su superioridad: «¿La materia puede pensar?» El examen de tal pregunta suponía real la creencia á que ella se refería.

Atenágoras, eveemerista declarado, cree también en los demonios *con los filósofos*, como él dice (1). Después refutando la opinión de los politeístas instruidos, tanto griegos como egipcios, añade: «Ellos creen que Minerva es el pensamiento que todo lo vigila, Isis, la naturaleza que á todo da origen; deifican los elementos y las fracciones de los elementos, y á cada una de estas dan un nombre particular (2).»

Eusebio, que también es eveemerista, por respeto á los platónicos, pone á los demonios entre los dioses; pero demonios malos, libricos, sanguinarios, que algunas veces aparecieron bajo formas humanas, y engañados los hombres los hicieron dioses (3). Sin embargo, reconoce que los Egipcios, Fenicios y Griegos creen adorar á los astros y á los elementos, y quiere manifestarles sus absurdos (4).

San Atanasio, al trazar la historia del paganismo, pone como principio la adoración de los astros, después la de los elementos y de los animales, luego la de la voluptuosidad y el amor, y por último, la de los malvados infames, como Osiris, Júpiter, Mercurio, etc. (5); pero

(1) *Legatio pro Christianis*, cap. 122.

(2) *Ib.*, cap. 49.

(3) *Præp. evangelica*, lib. III, cap. 3; lib. IV, cap. 10, 15; lib. V, cap. 3, 4, 5.

(4) *Ib.*, lib. III, cap. 5.

(5) *Orat. contra Gent.*, cap. 9, 10, 11, 27 y siguientes.

dice que las personas más sabias pretenden todavía que los honores religiosos se rendían en realidad á las diferentes partes de la naturaleza.

San Agustín propende al eveemerismo, y compadece á Varrón y demás politeístas que trataron de justificar con vanas explicaciones sus contradictorias locuras, sosteniendo que son los elementos (1).

Por tanto es necesario distinguir en los Padres sus opiniones personales de aquellas de que son expositores y testigos. Así San Clemente, papa, San Justino, mártir, Taciano y San Epifanio son demonologistas; pero asegurando que los dioses son demonios, añaden que los Griegos lo niegan. Teófilo de Antioquía, Tertuliano, Clemente Alejandrino, Minucio Félix, San Cipriano, Lactancio y San Juan Crisóstomo son eveemeristas; son fisiologistas Orígenes, Julio Firmico, Gregorio Nacianceno, Teodoreto y Prudencio; variedades producidas por el arcano de los misterios y las formas antropomórficas de las fábulas. Deben añadirse los escépticos, que consideraban los mitos como invenciones caprichosas, sin objeto ni armonía, y parecía que repudiaban todas las creencias de que eran expresión.

Tales eran las cuestiones agitadas en los primeros siglos del Cristianismo sobre la naturaleza de los dioses.

Opiniones diversas sobre la naturaleza de los dioses, desde la mitad del siglo XV hasta el día.

Albrico el Filósofo, que se cree que vivió en el siglo VIII y el rabino Maimónides del siglo XII son los mitólogos más distinguidos, que enlazan los antiguos con los modernos. El primero, en un sistema ambiguo, combinó el verdadero fisiologismo con el sentimentalismo de Platón y sus genios directores; pero reconoció la diferencia entre los dioses reales y los simbólicos, y llegó hasta el punto de tocar la antigua y pura doctrina (2). Maimónides atribuyó el origen de la idolatría al culto de los astros, considerados al principio como las criaturas más admirables y adorados después como divinidades (3).

Boccaccio, el primero de los modernos que escribió sobre la mitología, procedió desgraciadamente, ya reconociendo los dioses en las sustancias elementales, ya haciendo de ellos genios ó hombres, ya vacilando en sus opiniones (4). Giraldi Cintio (5) y Natal Conti (6), aunque más eruditos, cayeron en la misma con-

(1) *De civ. Dei*, lib. VII, cap. 3, 18, 1, 6.

(2) *De Deorum imag.*, ap. STAVEREN, *Anct. Mythograph.*

(3) *De idolatría*, ap. MEURSIUS, *De Orig. idolatr.*

(4) *Genealogie Deorum.*

(5) *Hist. Deorum gentil.*

(6) *Mythol.*, libro X.

fusión; pero difundieron alguna luz sobre una ciencia naciente. Mas decidido en sus opiniones Juliano Aurelio, solo reconoció á los astros y los elementos como divinidades, si bien con algunas sombras de eveemerismo (1). Vicente Cartari, que también veía en los dioses astros y elementos, hizo de Júpiter una inteligencia, después el alma del mundo y por último el dios todo (2). Las multiplicadas reimpresiones de estos libros manifestaron el deseo que había de instruirse en las creencias antiguas, especialmente en Italia, merced á los monumentos de las bellas artes que á cada paso se descubrían.

Sin embargo, la ciencia estaba muy lejos de haber tomado un paso seguro. Francisco Bacon fué el primero que reconoció el principio único que puede llevarnos á la explicación del grande enigma griego. «Me confieso inclinado á creer, dice, que muchas fábulas de los antiguos poetas comprendieron desde su origen misterios y alegorías. En vano se me objetará que se mezclaron con ellas algunos hechos históricos añadiendo puros adornos, y que muchas fábulas pueden haber sido reunidas en una y revestidas de nuevas alegorías. Tales variaciones eran inevitables en razón á que las fábulas no se inventaron, ni por los mismos hombres, ni al mismo tiempo, ni con el mismo objeto, sino unas para pintar la naturaleza de las cosas, otras por un fin político. Pero si alguno se obstina en creer que todas las alegorías fueron introducidas posteriormente y no cuando tuvieron su origen las fábulas, que lo crea; nosotros le perdonaremos este error evidente y craso (3).» Palabras importantísimas en que la religión se pone en la adoración de la naturaleza, y las fábulas se consideran como el velo bajo el cual ocultaron los antiguos el origen de las verdaderas divinidades. Desgraciadamente aquella vista penetrante no se introdujo más adentro, y cuando quiso interpretar las fábulas particulares, como la de Tifón, de Pan, Endimion y otras, arrastrado por su imaginación no produjo más que un juego de pensamientos, una vana novela.

Pignoria dió en el blanco en su explicación de la *Mesa Isiaca* (1605), sentando por base que Isis y Ceres eran una sola divinidad, símbolo de la tierra; Osiris, Baco, Horo, Átis, símbolos del sol; «doctrina (dice él) conforme con la teología íntima de los Egipcios.» Jerónimo Alejandro, explicando la tabla solar del palacio Mattei, siguió el mismo camino, demostrando que Apolo, Baco, Hércules y Mercurio eran dioses soles, esto es, símbolos del sol; pero le pareció que los dioses de Homero eran genios: contradicción manifiesta (4).

«¿Quién no sabe (decía Selden) que Hecate es la luna? Solo el que nunca fijó sus ojos en los escritos de los teólogos de la antigüedad

(1) *De cognom. Deorum gentil.* Amberes, 1541.

(2) *Las imágenes de los dioses antiguos.* Venecia, 1680.

(3) *De sap. veterum.* Londres, 1699.

(4) *Antig. tabula marmorea explicatio.* Paris, 1617.

puede ignorar que el sol es el dios honrado bajo el nombre de Osiris (1). » Admitía una especie de espíritus, que sin embargo no eran genios de naturaleza média entre los dioses y los hombres, como los de Platon que repudiaba, sino almas ilustres, llamadas *héroes* por los Griegos, *Manes* por los Romanos, y citando el libro de la *Sabiduría* (c. 13, v. 8) concluye que « los dioses eran el fuego, los vientos, el aire, el agua, los astros; Neptuno, Anfitrite y Océano eran símbolos bajo cuya forma se adoraba el mar. » De este modo presentaba claramente el verdadero sistema de la mitología, y solo le faltó desarrollar mas atentamente su opinion aplicándola á mayor número de fábulas.

Aunque estos principios no fijaron las opiniones, G. G. Vossio se persuadió que los dioses fueron hombres divinizados, y estos los patriarcas del Antiguo Testamento; Otros ya habian dicho que Serápis era José; Jano, Noé; Minerva, Noemi; pero Vossio extendió esta idea, multiplicó las aproximaciones y con tal sistema compuso una concordancia mitológica casi completa. A falta de pruebas se valia de las conjeturas, y queriendo formar ademas una historia de las creencias paganas, supuso que habiendo olvidado los pueblos al verdadero Dios, adoraron primero al principio del bien y del mal Dios y Satanas, de donde pasaron al culto de los genios buenos y malos, y de este al culto de las almas de los muertos y de los reyes divinizados, y de aquí el culto tributado á Adan, Noé y Tubalcain, dioses que los Egipcios llevaron á Grecia. Por último, los pueblos adoraron los elementos y cuerpos celestes; por consiguiente, el culto se encuentra complejo y todos los dioses reconocidos al principio sucesivamente concluyeron por ser honrados simultáneamente (2).

Tal sistema publicado por Vossio en 1641 llamó la atención de Bochart en lo relativo al culto de los patriarcas. Bochart lo simplificó y creyó apurarlo, rechazando el culto de los elementos y el de todos los dioses de origen griego, y admitiendo como dioses únicamente á los hombres nacidos entre los Egipcios y los Hebreos. Cambió todos los personajes. Su Minerva fué Nitócris, reina de Egipto, no ya Noemi; Baco no fué ya Noé, sino Nemrod; pero con sus multiplicadas trasformaciones manifestó la debilidad de este sistema y dió un ejemplo peligroso.

El atrevido Kirker, abandonándose á su fantasía, mezcló el fisiologismo de Bacon, el eveemerismo hebreo de Bochart y el espiritualismo de Platon, haciendo que los Egipcios prestasen desde el principio un culto directo al sol y á la luna, y asimilándolos despues á Osiris é Isis, les dieron los nombres de este rey y reina: en la religion griega, de Noé hizo á Urano, de Sem á Saturno, de Jafet al Sol; tambien queria que

(1) *De Diis syris.*
(2) *De idol. orig. et prog.*

Júpiter, Juno, Neptuno y Cibéles fuesen genios de un Dios supremo, encargados de dirigir el fuego eterno, el aire, el mar y la tierra (1).

Plantados los sistemas sobre el terreno hebreo, se multiplicaron y se destruyeron alternativamente por obra de Dickinson, Marsham, Huet, Thomassin y Cumberland. Huet creyó hallar á Moises en Osiris, Serápis, Baco, Vulcano, Adónis, Apolo, Esculapio, Pan, Priapo, Perseo, Proteo y otros (2); de modo que le era necesario admitir que el culto de todos estos númenes no se habia establecido hasta despues de la muerte del legislador hebreo. Pero concedía á los Griegos el conocimiento de un Dios supremo (3); opinion á lo ménos benévola, en la cual la mayor parte de los eveemeristas anteriores no habia pensado.

Cudworth concibió un gran pensamiento, que expuso doctamente. El Dios supremo de los Griegos era realmente el Dios de los Cristianos, ya se le diese el nombre de Jehová, Zeus, Ammon, Júpiter ó cualquiera otro; pero extraviados los pueblos asociaron al culto primitivo y continuo del Omnipotente el de los astros y de las sustancias elementales, que personificadas llegaron á ser los dioses mitológicos (4). Hermosa idea, pero no la apoyó con pruebas.

Otras opiniones circulaban entonces y muchísimos se ocupaban en la investigacion de estas elevadas cuestiones: Tomas Gale, comentando y siguiéndolo las doctrinas de Jámblico, sostenía á los neo-platónicos (5): Cuper por el contrario, colocándose en zaga de los anticuarios, sostenía la peor doctrina de Bacon (6); Wits reformaba el sistema de Vossio y Bochart, defendiéndole en cuanto á la idea principal (7).

Juan Leclerc, uno de los mas ardientes eveemeristas, compuso un Olimpo enteramente nuevo, excluyendo de él todo personaje alegórico. « Pocas fábulas (dice en su *Biblioteca Universal*) nacieron de la Escritura, procediendo la mayor parte de los Fenicios. Hércules era Fenicio, Baco un Dios de Egipto ó Arabia; pero las demas divinidades no deben buscarse en el Oriente, y puede probarse que vivieron en Grecia. Darles un sentido alegórico es querer explicar el sonido de las campanas y buscar figuras en las nubes: explicaciones arbitrarias que cada uno puede variar como le plazca, y de las que no hay ningun vestigio en los antiguos poetas y mitólogos. » Añadía á los dioses de raza humana los espíritus que dirigian los astros y que eran ángeles trasformados en númenes. Creía poder atribuir á los antiguos el conocimiento de un Dios supremo, pero solo á los filósofos. Con este sistema complejo concibió su comentario sobre Hesiodo, obra singular, en

(1) *Oedipus aegyptiac.*
(2) *Demonstr. evangélica*, Paris, 1679.
(3) *Atmetanae questiones*, lib. II, cap. 1 y 2.
(4) *Systema intellectuale*, Lugd. Batav., 1678.
(5) *Not. in Jambli. de myst. Egypt.*
(6) *Harpocrat.*, 1676.
(7) *Aegyptiaca.*

la que inútilmente se fatigó para formar un todo de elementos diferentes y superar dificultades que él mismo habia creado (1).

Á fines del siglo XVII y principios del XVIII, hermosa época para la literatura erudita, en que depurándose la crítica y el gusto, penetraban mucho mas en las obras de erudicion, se dieron á luz muchísimos escritos sobre la arqueología mitológica. El prelado Bianchini publicó en 1697 su novela mitológica, en la que pretendía establecer la historia de los primeros reyes egipcios y griegos, segun la genealogía de los dioses, cual él la suponía. En su hipótesis el dios Éter, llamado tambien Saturno, antediluviano, tuvo dos hijos, Urano, que pereció en el diluvio, y Júpiter I. Fueron hijos de Urano Saturno II, que sobrevivió al diluvio, y Júpiter II, padre de Minerva. De Saturno II nacieron Orco ó Pluton, Neptuno y Júpiter III, que fundó la idolatría. Hubo tambien un Júpiter Ammon, que era Cam, hijo de Noé, etc. (2).

Tournemine, combatiendo á Leclerc y Bianchini, admitía muchas clases de divinidades; los astros y los elementos representados simbólicamente bajo formas humanas, puras inteligencias y hombres divinizados como Adam y Noé (3).

Pezron veía á los dioses del paganismo en una rama de descendientes de Noé, que reinó en la Capadocia, la Frigia, la Tracia, Grecia, Italia, las Galias, España y parte del África Occidental. Manet, contemporáneo de Nacor, abuelo de Abraham, era su jefe; tuvo por hijo á Acmon, padre de Urano. Este caso con Titea, cuyo nombre significa tierra, de donde sus descendientes tomaron el nombre de Titanes. Urano era padre de Saturno y este de Jou, Neptuno y Pluton. El vasto imperio de estos era el imperio de los Celtas, que duró trescientos años. Segun se ve, los dioses de Grecia no eran ya hebreos ni fenicios, sino galos (4).

Al mismo tiempo Bayle, recusando todos estos sistemas, se reía de aquellos que buscaban en las fábulas sentidos alegóricos, renovando la filosofía burlesca de los antiguos escépticos (5). Eschenbach, lejos de despreciarlos, y apoyándose en las opiniones de Bacon, seguía atentamente el hilo que este filósofo habia atado á la entrada del laberinto (6); pero abusó del principio y cayó mas de una vez en el neo-platonismo, error de la mayor parte de los fisiologistas.

En medio de tales discusiones, habia tomado reputacion la hipótesis de Leclerc entre los eruditos, los cuales no reflexionaron suficientemente que la principal condicion de toda

(1) *Bibl. choisie*, t. VII, p. 85, 92, 121, etc.
(2) *La historia universal probada con monumentos*. Roma, 1697.
(3) *Projet d'un ouvrage sur l'origine des tables*, en el *J. de Trevoux*, 1702-3.
(4) *Antiquité de la nation et de la langue des Celtes*. Paris, 1703.
(5) *Dictionnaire*, art. *Jupiter*, nota N.
(6) *Epigenes sive de poesi orphica*. Nuremberg, 1702.

religion es su unidad, y que la de Grecia no habria podido conquistar medio mundo, si hubiese hecho adorar á un mismo tiempo hombres divinizados, genios y un Dios incorpóreo. ¿Cómo conciliar cosas tan diferentes como la pura inteligencia y la materia, la criatura y el Criador?

Este sincretismo, que parecia allanar muchas dificultades, adelantaba mucho; pero en vez de aclarar, precipitaba á los sabios en un abismo de contradicciones, de donde era imposible salir. Omitimos los demas para recordar á Banier, que dirigió su trabajo (1) principalmente contra los sistemas exclusivos de Bochart, Huet y Pezron, no rechazando, sin embargo, los patriarcas hebreos, ni los dioses fenicios, porque él abrazaba todas las opiniones precedentes, y sobre todo el eveemerismo. Cada país (segun dice) habia divinizado á sus propios reyes; pero los Griegos adoraban tambien los astros, los elementos, los genios directores, los animales, la naturaleza y los genios patronos de todas las pasiones ó delitos. Tambien se podia creer que fuesen símbolos del verdadero Dios, de su sabiduría, su justicia y poder soberano. Esta novela superficial y sin pruebas fué luego enriquecida con mucha erudicion y agradó mucho porque expresaba la opinion entonces mas divulgada.

Pero no todos los sabios se acomodaban á ella, pues unos se inclinaban á esta, otros á otra opinion. Entre todos se distinguió Juan Bautista Vico, el cual dice claramente que los hombres desde el principio fingieron que el cielo era un cuerpo animado; que bajo este concepto llamaron Júpiter al primer dios de los antiguos, que con el silbido de los rayos y el fragor de los truenos quiso decirles alguna cosa. De este modo los primeros poetas teólogos fingieron la primera fabula divina, la mas grande de cuantas se fingieron despues, esto es, Júpiter, rey y padre de los hombres y de los dioses, en acto de fulminar sus rayos. « Por esto hallamos tan inoportunas todas las significaciones místicas de la mas elevada filosofía, dadas por los sabios á las fábulas griegas y jeroglíficas egipcias, como naturales resultan los significados históricos que aquellas y estos debian contener naturalmente (2). » Esta verdad expresada vigo-

(1) *Explicat. hist. des fables*. Paris, 1711, despues 1738.
(2) *Principios de la ciencia nueva*, lib. II. *De la metafísica poética*. — El autor que compendiamos apenas indica las ideas de Vico, las cuales requieren mayor explicacion; pero no pueden tenerse por verdades sino considerando el conjunto de toda su doctrina. La mitología, como todo lo demas, para él no es mas que una historia; pero á diferencia de Eveemero, Bianchini y otros, la hace creacion del poeta, el cual expresa el idioma de las naciones primitivas. En este lenguaje como en el de los niños, la idea general se particulariza; una generacion entera se presenta como un hombre; el pensamiento abstracto como un hecho, y el trueno se llama Júpiter, pensamiento espantoso salido de la imaginacion de los fuertes: estos avergonzándose de sus consorcios inciertos se ocultan (Deucalion y Pirra), y Juno preside al casamiento y al nacimiento de los hijos ciertos. La familia prende fuego en las selvas y sale Vulcano; siembra el grano, y esta adquisicion se indica con el mito de Saturno; el grano producido con el de